ga ó por que no le satisface completamente su carne. En cambio, la serpiente gigante es muy aficionada á alimentarse de otras serpientes más pequeñas, de lagartos, de sapos, saltamontes, en una palabra, de toda clase de ofidios, batracios é insectos que infestarían el país sino fuera por el inmenso consumo que de ellos hace la serpiente.

Cuando Adamson conoció estas particularidades, comprendió que los indígenas lejos de considerar la serpiente como un animal peligroso, casi le adoraban como una divinidad bienhechora.

Cleyero, á quien ya hemos citado, explica el procedimiento de que la serpiente se vale para tragar una gran presa, que es muchas veces doble y aun triple de gruesa que el reptíl.

Cuando la serpiente ha ahogado á un ciervo ú otro animal de corpulencia semejante, le oprime entre sus anillos hasta hacer que las astas queden cubiertas por la carne y la presa se convierte en una masa informe y alargada.

Entonces la deja en el suelo y la lame largo rato extendiendo sobre toda la masa una

mucosidad que favorece grandemente la deglución. Muchas veces emplea la serpiente varias semanas en tragar su presa, de la que una parte queda fuera de las fauces, mientras la otra se introduce lentamente en el cuerpo del reptil. Durante todo el tiempo que la serpiente emplea en engullir está indefenso y se puede impunemente atacarle y darle muerte.

La lentitud con que traga y digiere explica por qué la serpiente puede estar hasta cinco y seis meses sin necesidad de salir en busca de nuevas presas; esto explica también cómo los negros, y en general los indígenas de los países donde abundan las serpientes reconocen por el olfato la presencia de un reptil.

En efecto, la serpiente esparce un olor tenue peculiar que repugna. Valmont-Bomare atribuye este olor nauseabundo á esta digestión laboriosa á la que precede la descomposición y corrupción lenta de la presa.

En el Jardín de plantas había una jaula con dos serpientes boas, una tenía tres metros de longitud y al otra metro y medio ó poco más. Cada tres meses se les daba de co-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEX.

mer, un pollo, ó un conejo que los reptiles digieren en otros tres meses.

Un día, se olvidó el encargado de las serpientes de darle la comida trimestral.

Al día siguiente llegó para remediar su olvido con dos conejos y quedó asombrado al encontrarse con una sola serpiente.

Ocurriósele entonces que la serpiente más grande se había tragado á la compañera; levantó la cabeza de la que quedaba y en efecto vió que de su boca salía la cola de la otra.

El encargado llamó á un compañero, y uno asió de la cabeza de la serpiente grande y el otro de la cola de la pequeña y comenzaron á tirar con fuerza en dirección opuesta. La serpiente pequeña salió de la grande como sale una espada de su vaina.

Le dejaron dos conejos en la caja. La serpiente grande se arrojó rápidamente sobre uno de ellos y lo engulló.

La serpiente pequeña estuvo algún tiempo como aturdida; pero poco á poco se repuso y con la vida le volvió el apetito que satisfizo con el otro conejo.

Otro serpiente de la especie de los boas,

que también se exhibe en el Jardín de plantas, viendo que se olvidaban de echarle comida, enrolló la manta que le servía para calentarse, y después de llenarla de baba la tragó como si hubiera sido un conejo ó un pollo. La digestión fué mucho más laboriosa y acabó por devolverla como la había tragado.

Hoy puede verse la manta en la misma jaula de la serpiente, donde se conserva como curiosidad tal como salió del cuerpo del reptil: tiene la apariencia de un monstruoso cigarro.

***

Hemos hablado de las serpientes que las damas romanas llevaban al cuello. Pertenecían á la especie que Linneo ha llamado *coluber comicella*. Y Seba *anguis bicolor elegantisimus*. Esta especie abunda en Malabán. Los indios guardan estos reptiles en toneles donde son alimentados con leche. Llevados á la casa del comprador, se colocan en tonelitos *ad hoc*. Al cabo de algún tiempo la serpiente reconoce á su amo por la voz, y no

tiene más que meter el brazo en el tonel para que la serpiente se enrosque en él desde donde pasan al cuello colocándose á modo de collar. Tiene este reptil gran semejanza con la serpiente doméstica de Linneo, que vive amigablemente con el perro y el gato y acaba por formar parte de la familia.

La serpiente, excepción hecha de una especie de que después hablaremos, que es naturalmente melomana, es suceptible de cierta educación. Valmont-Bomare consigna en su Diccionario rezonado de Historia Natural, la anécdota de una culebra amaestrada que estaba tan encariñada con su ama que trepaba por sus piernas y quedaba largo rato quieta debajo de sus vestidos y que otras veces trepaba hasta el cuello donde se enroscaba. Obediente á la voz de su dueña el reptil se aproximaba ó se alejaba siempre que se lo ordenaba, la reconocía entre otras mujeres, reconocía sus voces, sus risas y hasta cuando tosía ó estornudaba.

El autor añade:

«Hemos visto á esta misma culebra seguir por el agua la barca en que iba su ama; era

en el Sena cerca de Rouen; la llamaba con voz cariñosa por el nombre que le había dado. En invierno esta culebra se aproximaba á la chimenea en busca de calor.

***

En las cercanías de Carcasona se conserva una leyenda referente á una culebra. Un joven llamado Mathurin iba todas las mañanas á vender leche de la aldea de Saint-Jean á Carcasona. Llevaba la mercancía en un jarro; un día al pasar por un punto lleno de guijos y matorrales se le fué un pie, y el jarro cayó rompiéndose.

La leche formó un diminuto lago. El lechero regresó á Saint-Jean, y para servir á sus parroquianos llenó otro jarro de leche y marchó nuevamente hacia Carcasona.

Al llegar al sitio donde se le había roto el jarro vió una gran culebra que, aprovechándose de la desgracia del lechero, bebía con deleite la leche vertida. Al sentir los pasos del lechero, la culebra anunció con penetrantes silbidos que estaba dispuesta á de-

fender aquel líquido sabroso que ya consideraba como si hubiera sido servido para ella.

El lechero, que tenía prisa por llegar á Carcasona aceleró el paso, y dejó á la culebra que terminara con toda tranquilidad su almuerzo.

Al volver llevóle la curiosidad al sitio donde estaba la culebra. El reptil estaba sobre una roca, ahita de leche y amodorrada.

El lechero tenía buen corazón, y en lugar de aprovecharse de aquel estado de embriaguez de la culebra para darle muerte, se alejó, no queriendo turbar su digestión.

Al día siguiente, al pasar por el mismo sitio, pensó el lechero cuán desagradable debía ser para la culebra ayunar aquel día, después del atracón del día anterior. Vertió un poco de leche y se fué. Mas apenas había dado algunos pasos volvió la cabeza y vió á la culebra que salía con gran ligereza de un matorral y se precipitaba con avidez sobre la leche.

Esta vez la cantidad de leche no debió de bastar para amodorrar al reptil, porque cuan-

do Mathurin volvió, la culebra había desaparecido.

Al día siguiente, buscó á la culebra, y vió una cabeza extraordinariamente movible que dirigía hacia él su lengua hendida desde un matorral, en el que estaba oculto el resto del cuerpo; la llamó por el primer nombre que se le ocurrió, este nombre fué *Mathurina*, es decir, el femenino del suyo. La culebra hizo un movimiento como si hubiese entendido; vertió el joven leche en el suelo y llamó nuevamente á la culebra. El reptil avanzó un poco, mas pareció vacilar.

Para no asustarla, se alejó el joven, y la culebra salió rápidamente para beberse la leche.

Desde entonces todos los días se repitió la misma escena, hasta que la culebra acabó por reconocer no sólo la voz del lechero sino hasta el ruido de sus pasos, y salía á su encuentro cuando comprendía que llegaba.

Esta familiaridad entre el hombre y el reptil duró un año, durante el cual Mathurin daba todos los días un vaso de leche á Mathurina, y durante el cual todos los días

Mathurina acudía pronta al llamamiento de su amigo, y después de beber la leche se erguía para lamer la mano protectora con su lengua afilada y hendida.

Pasado el año, el joven se vió obligado á servir á la patria.

La despedida fué enternecedora: la culebra, cuya longitud excedía de metro y medio, parecía comprender que aquella entrevista precedía á una larga separación, y colmó á su amigo de caricias. Se enroscó á las piernas de Mathurin, á su cintura, á sus brazos, le acompañó largo rato, y no le dejó, sino cuando oyó espantada el ruído de un carruaje que se aproximaba.

Mathurin estuvo siete años ausente, desde 1793 á 1800, de Quievrain á Marengo; la paz de Luneville le volvió á su hogar con el grado de sargento.

La primera visita de Mathurin fué para su madre, sus hermanas, sus parientes y sus amigos; luego se acordó de la culebra.

—Quiero ver,—pensó,—si Mathurina me reconoce.

Y vistiendo de nuevo su traje de aldeano, fué á las rocas testigas durante un año de

sus entrevistas con la culebra, y la llamó con todas las fuerzas de sus pulmones:

—¡Mathurina! ¡Mathurina!

Inmediatamente oyó ruído de hojas, y se le apareció una serpiente de tres metros de longitud, con la boca desmesuradamente abierta, los ojos resplandecientes, que movía los anillos de su cuerpo con fantástica velocidad. Tan violentamente se arrojó la serpiente sobre Mathurin, que quedó enroscada á su cuello. El joven atemorizado trató de desasirse, pero inútilmente. Pidió socorro, batió el aire con ambas manos, desesperado, y falto de aliento cayó al suelo envuelto por la serpiente, que ciñéndole amorosa le extranguló.

***

Ya he dicho que siento gran afición á las historias de las serpientes. Frecuentemente instigaba á Gordón Cumming para que me refiriera alguna anécdota. Un día me dijo que un hotentote Klinboy trataba de matar á palos á una serpiente, y el reptil le escupió en un ojo una gota de su baba.

Sintiendo la impresión de una viva quemadura, se acercó á una fuente y se lavó el ojo que se había puesto muy rojo. El resto del día estuvo atormentado por agudos dolores; pero al día siguiente, la irritación y el dolor habían desaparecido.

Otra vez tomó su almohada y las pieles donde acostumbraba á dormir, y las extendió cerca de una fuente donde acababan de beber *Klensboks y Wild-beact*. Durante toda la noche, que pasó durmiendo, le pareció oir debajo su cabeza un ruído singular. No dió gran importancia al ruído, y cuando se levantó, se fué de la fuente dejando á sus criados el encargo de recoger las pieles que le habían servido de cama.

Los criados volvieron llevando, además de la almohada y de las pieles, una enorme serpiente que habían encontrado debajo de la cama.

Gordón Cumming la examinó y reconoció que era un admirable ejemplar de la especie negra del *puffadde*, es decir, una de las serpientes más venenosas de África; tan venenosa que ningún hombre que ha sido

mordido por uno de estos reptiles ha sobrevivido más de una hora.

***

Sería hacer una injusticia á la serpiente coral no citarla como uno de los reptiles más vistosos, á la vez que más temibles.

Esta serpiente tiene en el *guaco* un enemigo muy peligroso, porque el guaco conoce el antídoto de la mordedura.

Oigamos ahora qué es el guaco, y cuál es el antídoto.

El guaco es un ave de la familia de los milanos; tiene la cola hendida como la golondrina, y las serpientes es su alimento favorito.

El nombre de *guaco* le viene porque pronuncia esta palabra con tanta claridad como puede hacerlo un hombre.

Está generalmente en la copa de los árboles; pero como tiene excelente vista, desde su elevado observatorio lo ve todo, y en cuanto distingue una serpiente cae sobre ella y hace presa con una garra cerca del

cuello del reptil, y con la otra por el centro del cuerpo; la eleva rápidamente y la deja caer desde gran altura. Antes que la serpiente se haya repuesto del efecto del golpe cae de nuevo sobre ella y la eleva por vez segunda para volver á arrojarla, y así sucesivamente hasta que muere el reptil.

Si la serpiente logra morder al ave, ésta grita dando otras señales de vivo dolor, y vuela rápidamente hacia un árbol, á cuyo tronco se enlaza una planta trepadora de la que come vorazmente algunas hojas. Le basta con comer ocho ó diez para encontrarse en condiciones de volver al combate, que suele acabar con la muerte de la serpiente, á menos que no tenga el guaco cerca las hojas salvadoras. Pero es muy raro que el guaco ataque á una serpiente sino cree disponer del infalible antídoto.

Los indios, como el guaco conocen las virtudes de la planta contra-veneno, y la emplean en inyecciones como profiláctico. El individuo que ha sido inoculado, puede exponerse sin temor á la muerte á las picaduras de la serpiente de cascabel, y aun á la

de la víbora manchada, que está considerada como una de la más peligrosa de todas las de América.

En este momento tengo el honor de tener á mi derecha al señor Errán, el médico inspector general del ejército de Colombia, quien por exigencias de su cargo, ha recorrido todos los centros científicos de América. Hace veinte años que M. Errán ha dejado la medicina, y trece que en recompensa de los servicios prestados á los gobiernos de Honduras y de San Salvador, ha sido nombrado ministro plenipotenciario cerca de Napoleón III. Pero al abandonar la medicina ha querido dotar á la humanidad con la relación de los descubrimientos que ha hecho en sus viajes. Sólo nos ocuparemos de lo que tenga relación con los reptiles venenosos de América.

Reconoce que la planta de que hemos hablado al tratar del guaco, tiene las propiedades ya dichas; pero esta planta no es un verdadero antídoto más que contra las picaduras de ciertas serpientes del llano. Es decir, que tiene energía para curar la picadura de una serpiente coral de las llanuras, y es

impotente contra el veneno de la coral de las montañas.

Hay tres clases de serpientes conocidas por el señor Errán, de cuyas mordeduras no acierta á salvar el guaco.

1. La coral de las montañas.
2. La tobava.
3. La equis.

Esta última serpiente, color tabaco, está cubierta de X negras que dan á su piel linda apariencia. Es una de las serpientes más venenosas.

La mordedura de serpiente equis, tiene una particularidad: cuando este reptil alcanza un desarrollo de dos metros y medio á tres, la meta de su crecimiento, su fuerza es tal que derriba á un hombre al golpearle en el rostro. Un cuarto de hora basta para que el mordido muera envenenado.

Muchos indígenas domestican serpientes boas que quedan guardando la cabaña mientras el amo va á trabajar á la montaña. El boa hace el oficio de perro. Muchas veces al ir á entrar en una de estas cabañas, el señor Errán ha oído un silbido que era el *¿quién vive?* de este extraño centinela.

Por la noche cuando el viajero es hospitalariamente invitado á cenar con los dueños de la cabaña ve con natural sorpresa la cabeza del reptil que se eleva a la altura de la mesa para pedir su ración.

Las boas abundan en los arrozales, y como los indios comen su carne, cuando se va á segar un campo de arroz, se abre una espepecie de sendero en medio del campo, por donde huyen las serpientes á medida que sienten que se aproximan los segadores.

En el extremo opuesto al sitio donde están trabajando los segadores, se colocan dos negros armados de bambús hendidos por la mitad con los que forman un excelente lazo para coger las serpientes.

Cuando se talan bosques en las cercanías de Chingui se hacen grandes cacerías de boas, reptiles que si bien huyen del hombre que las persigue se revuelven y le atacan cuando se consideran perdidas.

Don Lorenzo Gallego, abuelo del señor Errán, que dirigía una de estas talas fué testigo de lo que vamos á referir.

Una docena de reptiles habían sido acorralados por varios hombres que formaban

un círculo que cada vez se estrechaba más. De pronto se vió alzar la cabeza de una enorme tobona que salía de un espeso matorral. El reptil arrojó á su alrededor una mirada espantosa y pareció marcar al hombre que debía ser su víctima. Un segundo después el elegido vió balancearse la cabeza á un metro de él.

Armado de un machete se batió en retirada paso á paso tratando sin conseguirlo, cortar la cabeza de su enemigo cada vez que este le acometía. Había dado unos veinticinco pasos cuando tropezó con el tronco de un árbol, que le hizo perder el equilibrio y caer. No bien había caido cuando ya la serpiente le tenía cogido por el cuello. Diez minutos después moría el hombre sin que ninguno de sus compañeros le hubieran podido auxiliar ni durante el combate ni después de herido.

***

Benedicto Revoil, de quien hablaré después al ocuparme de las serpientes de mar,

me refería que estando en Nueva York, el año 1843, se hizo amigo de un exhibidor de serpientes. Las serpientes que llevaba eran crótalos y las encerraba en una caja oblonga provista de un cristal por el cual se veían los reptiles. La caja estaba recubierta de una plancha puesta en forma que cubría el cristal cuando el exhibidor quería.

Este hombre se instalaba generalmente en la entrada de Barclay *street* en las gradas de la iglesia de San Pedro, á donde llevaba á la concurrencia imitando los silbidos de las serpientes.

Cuando el número de espectadores era bastante crecido, introducía una varilla en la caja por un agujero é inquietaba á las serpientes que furiosas se movían y silbaban entrelazándose. El espectáculo era poco agradable, más no por eso le faltaba público al exhibidor que hacía un excelente negocio.

Un día el hombre de las serpientes echó del corro con maneras no muy cariñosas á un granujilla cuyo aspecto no denunciaba á un espectador de los que pagan bien. El muchacho se alejó algunos pasos y queriendo vengar el desaire cogió un canto no liviano

y lo tiró con fuerza sobre la caja que el exhibidor tenía en la mano. Cayó la caja al suelo, rompióse el cristal y salieron las serpientes ansiosas de libertad y enardecidas por el golpe que acababan de recibir en la caida.

Todos huyeron, y el primero el exhibidor.

Las serpientes se dieron prisa á ponerse á salvo metiéndose por los primeros agujeros que encontraron: unas entraron por las bocas de las alcantarillas, otras por los tragaluces de las cuevas.

No hay para qué decir la zozobra en que durante varias semanas vivieron todos los vecinos de Barclay *street*, muchos de los cuales aun no se han curado bien del susto.

***

La naturaleza ha querido que la serpiente de cascabel, que es una de las más peligrosas para el hombre, sea también la más fácil de matar: basta golpearla débilmente con una vara para quebrarle la columna vertebral, rotura que la produce instantáneamente la

muerte. Las señales de muerte que suelen ser aparentes en las otras serpientes no engañan nunca cuando se trata de la serpiente de cascabel. Cuando sus anillos dejan de hacer ruido es señal de que el reptil ha dejado de vivir. Pero aun después de muerta la serpiente es terrible su veneno, y en Nueva Orleans existe á título de leyenda, la historia de un par de botas que vendrá en apoyo de lo que hemos dicho. Esta historia es curiosa y vamos á referirla aun á riesgo de contar á nuestros lectores una cosa que ya conocen.

Uno de los propietarios más ricos y de los cazadores más afamados de Nueva Orleans había hecho que le construyeran, para cazar en las lagunas, un par de botas que le cubrían hasta el muslo. El par de botas causaban la admiración de todos sus amigos, y particularmente de sus tres hijos, cazadores como él.

El cuero era suficientemente áspero para poner las piernas de quien se calzara las botas, no sólo al abrigo de la humedad, sino también, así lo creían, al abrigo de las mordeduras de las serpientes.

El propietario sufrió un doloroso desen-

gaño. Un día que con la seguridad que las botas le daban, cazaba en un puesto donde la hierba era muy crecida, puso el pie sobre la cabeza de una serpiente que furiosa de dolor le mordió en el talón del pie izquierdo.

El cazador aplastó con los pies la cabeza de la serpiente; desgraciadamente fué aquella una venganza inútil: la serpiente murió, pero el cazador estaba mordido.

Regresó á su casa, y como no pudo ser auxiliado rápidamente, murió al anochecer sumido en un amodorramiento al que habían precedido agudos dolores.

Los tres hijos se partieron el dinero y las tierras; el primogénito reclamó la propiedad de las botas que también los otros hermanos querían.

Celebrados los funerales y ya restablecido el orden en la casa, el hermano mayor quedó convertido en el jefe de la familia y propietario de las botas que se apresuró á utilizar. Se las calzó orgulloso y se fué á cazar. Caminó mucho y regresó con una insignificante rozadura en el talón.

Aquella rozadura tuvo terribles consecuencias: se le hinchó el talón, luego la pierna, más tarde todo el cuerpo. Tres días después, moría el desventurado joven.

Se hicieron nuevas particiones. Los dos hermanos dividieron en partes iguales los muebles y los inmuebles dejados por el difunto.

También esta vez reclamó las botas el mayor.

A los primeros pasos que con ellas dió, sintió en el talón del pie izquierdo un cosquilleo que degeneró bien pronto en ligero dolor; pero como el dolor era soportable, el cazador no hizo caso, y por la noche regresó á su casa cojeando.

Se quitó la bota y la sacudió con fuerza para hacer caer el cuerpo extraño que le había atormentado: no cayó nada. El cazador se acostó sintiendo en la pierna raro hormigueo. Ocho días después moría también. El tercer hijo se encontró propietario único de la fortuna de sus dos hermanos y del par de botas que tanto había deseado.

Pero la triple catástrofe le hizo reflexionar. Las heridas que habían ocasionado la muerte á sus hermanos, debían de haber sido producidas por un cuerpo extraño.

Buscando la causa del mal, introdujo el joven la mano en la bota y buscó con cuidado, hasta que en la región posterior de la bota halló un objeto agudo muy semejante á una tachuela de zapatero.

Nuestros lectores habrán adivinado que no era una tachuela: era un diente de la serpiente que causó la muerte al padre y que aun después de estar arrancada de la mandíbula del reptil, había tenido ponzoña bastante para causar la muerte de los dos hijos mayores.

El nuevo propietario de las botas, machacó el diente, y pudo sin temor alguno cazar con aquel calzado que tan funesto había sido para su familia.

***

Tengo un amigo alemán que es á la vez hombre de gran ingenio, naturalista y viajero; se llama Muller como todos los alemanes; ha estado en Castoum, y ha seguido el rio Blanco hasta el sexto y casi hasta el quinto grado de latitud. Ha estado en Méjico y

ha cazado en la Sonora y en las montañas Rocosas.

Una noche en las tierras calientes, cerca de Veracruz, se había dormido en su tienda bien envuelto; despertó al romper el día, y oyó el ruído que hacía al pasar á una altura de cinco ó seis pies, un ciervo-volador (1) de gran tamaño.

Con la esperanza de que perteneciese á una especie nueva, salió rápidamente de la tienda, sin otras prendas que la camisa, el pantalón y las botas, persiguiendo al insecto para darle caza con el sombrero.

De pronto, recibió un golpe semejante á un latigazo, y sintió á sus pies extraño ruido producido por una serpiente de cascabel, que no tardó en enroscarse á las piernas del naturalista.

El alemán había puesto impensadamente al correr un pie sobre la cabeza de la serpiente.

—Juzgue usted,—me decía,—cuál sería mi azoramiento.

—¿Por qué no le aplastó usted la cabeza? —le respondí.

---

(1) Insecto de la familia de los coleópteros.—(N. del T.)

—Tenía empeño en coger vivo á aquel reptil para hacer algunos experimentos.

Y en efecto, bajó cuidadosamente la mano y cogió á la serpiente por el cuello.

A propósito de la rapidez de movimientos, que ha valido á la serpiente de cascabel el expresivo nombre de *caoalt*, es decir el *viento*, el famoso naturalista americano Audubon, refiere una escena de que él fué testigo, y de la que fueron protagonistas una serpiente y una ardilla gris.

Quisiera disponer de espacio y de tiempo para deciros quién es Audubon, y llevaros tras él á las praderas y á las lagunas americanas. De seguro no conocéis un narrador que sea á la vez más vivo, más pintoresco y sobre todo más sabio.

Estaba nuestro naturalista, ocupado en observar el movimiento de un pájaro de especie para él desconocida, cuando distrajo su atención un ligero ruído. Inmediatamente salió de un matorral una ardilla grís, que corría velozmente con visibles señales de gran espanto.

Detrás de la ardilla salió una serpiente de cascabel de mediana talla. La ardilla llevaba seis ú ocho pasos de delantera á la serpiente; pero esta distancia disminuyó rápidamente. El reptíl se arrastraba con tanta rapidez que Audubon le vió pasar por su lado con la velocidad de un relámpago. Comprendiendo la ardilla que si seguía corriendo por el suelo estaba irremisiblemente perdida, trepó por un árbol cuya cima ganó en pocos segnudos. El reptíl le persiguió con menos rapidez que por el suelo, pero sin perder visiblemente nada del terreno ganado. Varias veces desapareció la ardilla de la vista del naturalista, mas este descubría prontamente al perseguido con solo seguir los movimientos de la serpiente. La ardilla pasaba de rama á rama siempre perseguida por la serpiente que se suspendía por la cola é imprimia á su cuerpo un vigoroso movimiento merced al cual, iba de un lado á otro. La ardilla encontró un hueco en su camino y se metió en él, pero comprendió que estaba perdida si continuaba allí y salió rápidamente. En esta falsa maniobra había perdido un tiempo precioso: al salir se encontró tan cerca de su enemigo que el espanto la paralizaba y juzgando que para

reganar lo perdido no tenía más recurso que tirarse al suelo, extendió horizontalmente las patas y la cola, y saltó. Pero la serpiente se arrojó detrás tan ligera que la ardilla no tuvo tiempo para subir á otro árbol y la serpiente la asió por la cabeza.

Entonces el reptíl envolvió tan por completo al cuadrúpedo, que éste desapareció por completo á los ojos del espectador del combate.

Los gritos de la víctima eran cada vez más débiles.

Audubon se aproximó al reptíl, que preocupado con su presa no parecía apercibirse.

La serpiente se desenroscó al cabo de dos ó tres minutos, y como su presa estaba muerta, empezó por inspeccionarla con atención, levantando la parte anterior de su cuerpo y mirándola con ojos penetrantes. Después alisó el pelo y sin preocuparse de las dificultades que la posición ofrecía, comenzó á engullir á la ardilla, empezando por la cola. Las patas traseras entraron con dificultad, pero vencido el primer obstáculo, la ardilla desapareció rápidamente en las fauces del reptíl.

Terminada esta operación, la serpiente quedó inmóvil.

Audubon cortó una gruesa vara con la que tocó á la serpiente para ver si se movía; pero el reptíl no parecía capaz de hacer más movimientos que levantar la cabeza y la cola; el resto del cuerpo parecía paralizado y clavado en el suelo. Solo de rato en rato se advertía en el cuerpo del reptíl un extremecimiento semejante á la convulsión de un enfermo ó á los esfuerzos que hace un perro para vomitar.

El naturalista dió fin al drama descargando sobre la serpiente un palo que le rompió la columna vertebral.

***

No son estas las únicas observaciones que el célebre naturalista ha hecho sobre las serpientes de cascabel. Ha observado que estos reptiles tienen una vista prodigiosa. Cuando Audubon se daba cuenta de la presencia de una serpiente, bien por el ruído de las hojas ó por el de los anillos de la cola del

reptil, el naturalista levantaba la cabeza y era lo más general que distinguiera, á inmensa altura, algún cuervo ó un halcón enemigo implacable de la serpiente; el reptil daba señales del más vivo terror y buscaba un matorral ó una piedra donde esconderse. Cuando el ave desaparecía, el miedo cesaba.

En el mes en que los pájaros covan, el único trabajo de la serpiente, es el de descubrir los nidos. Si encuentra uno, espera que los pájaros vayan en busca de alimento y sube al árbol para comerse las crias. Muchas veces ha sucedido que al volver los padres al nido, han sorprendido á la serpiente, á la que han atacado resueltamente, al propio tiempo que con sus gritos daban aviso á otros pájaros que acudiendo veloces caían sobre el reptil, que ha pagado con la vida su glotonería.

Puesto que tenemos en mucho los informes de Audubon, digamos algo de lo mucho que le hemos oído.

Según él, la mayoría de las serpientes nadan muy bien, y pueden no sólo permanecer largo tiempo debajo del agua, sino que persiguen y cazan á los peces y á las

ranas. Refiere que una vez que pescaba en el río Schuilkil, á poca distancia de Filadelfia, vió una serpiente que salía del agua y se paseaba sobre una roca. Advirtió el viajero cierto movimiento extraño en el cuerpo del reptil, y deseando conocer la causa, dió muerte á la serpiente, la abrió y halló un pez que aun vivía.

Audubon hizo cocer el pez, y lo comió sin repugnancia.

El naturalista americano, cita ejemplos muy curiosos del amodorramiento de la serpiente de cascabel durante el invierno, y de la facultad que este animal tiene de permanecer un tiempo indefinido sin tomar ningún alimento. Cazaba con M. Agustín Bourgeat, uno de sus amigos, y su hijo menor en un lago, donde abundaban mucho los patos. Terminada la cacería, se decidió preparar para comer algunos de los volátiles que habían sido cogidos.

El cazador más joven, es decir, el hijo de Audubon, se encargó de recoger la leña. Al ir á coger un montón de ramas cortadas, descubrió una gran serpiente adormecida que parecía dura como un palo. El joven que

no había visto hasta entonces serpientes de cascabel, llamó á los cazadores para que vieran al reptil. Audubon, que estaba familiarizado con aquellos animales, ordenó que se cogiera la serpiente y se la pusiera donde los patos estaban.

Se encendió el fuego, y momentos después se vió á la serpiente salir de su encierro despierta y amenazadora. El fuego la había reavivado. Audubon se acercó al reptil, y éste se enroscó apercibiéndose á la defensa; pero como el frío era muy intenso, no tardó en quedarse nuevamente como petrificado.

Terminada la comida, pudo el hijo de Audubon, apoderarse de la serpiente sin ningún temor, y trasladarla á una casa donde sometiéndola á distintas temperaturas, se la hizo revivir varias veces para dejarla caer después en profundo letargo.

El resultado de estas experiencias, fué que el reptil pudo ser metido sin el menor riesgo, en un tonel de espíritu de vino, para ser llevado al museo de Nueva York.

***

Un naturalista americano, M. Watestón, en sus «Paseos á través de la América del Sud y los Estados Unidos,» refiere una lucha con un *conlacanasa.*

Traducimos literalmente un relato.

«Deseaba ardientemente ver una de las serpientes llamadas *conlacanasa*, especie en las que hay algunas de diez y ocho á veinte pies de longitud.

Un día vinieron á avisarme que se había descubierto una en una caverna.

Me dirigí al sitio que se me indicaba, acompañado de mis dos negros, de los cuales uno iba provisto de una lanza y el otro de un gran cuchillo.

Los dos estaban muy asustados.

El cuerpo del monstruo estaba formado por numerosos anillos; la cabeza que salía de debajo del segundo pliegue reposaba sobre el suelo en una posición muy favorable á mis proyectos.

Me aproximé con mucho cuidado con los